

JAÉN EN LA POESÍA DE BERNARDO LÓPEZ (*)

Por Juan Jiménez Fernández

Aunque es norma del Instituto de Estudios Giennenses titular un acto Académico como este con el nombre de Discurso de Ingreso, yo quiero prevenir a Vdes. —no sin agradecerles de antemano su asistencia a esta sesión— de que no van a escuchar de mí un discurso de aparato, acepción más usual que ha venido a tomar dicha palabra, ni siquiera una conferencia, como podría pretenciosamente denominarse, sino, más bien, una libre divagación subjetiva sobre un tema en el que confío interesarlos por ser genuinamente giennense y que no hubiera tenido cabida en mi tesis doctoral, dedicada al estudio estilístico de la poética de esta interesante figura literaria del siglo XIX. Por tanto, dispónganse Vdes. a acompañarme a lo largo de una lección más de las muchas a que me tiene acostumbrado el oficio. Pido, pues, disculpas por invitarlos a una sesión de trabajo y no a un almuerzo o desayuno de *idem.*, que hoy tanto se lleva, pero, sobre todo, por transformar su bien merecido ocio en afanoso negocio.

Debo hacer constar, por otro lado —y aprovecho este momento para su declaración—, que ya en el año 1959 apareció, bajo este mismo título, una colaboración en el número 22 del *Boletín* de este Instituto, obra del también consejero del mismo don Felipe Molina Verdejo, si bien concebida con alma y hacer de poeta, frente al tratamiento analítico literario a que aquí se somete.

Esta disertación mía va a consistir, en definitiva, en una lectura comentada de tres poemas de Bernardo López, aunque salpicadas, eso sí, con

(*) Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses, pronunciado el 26 de marzo de 1987.

glosas estilísticas *in situ* de determinados pasajes dignos de exégesis literaria. A tal efecto, he hecho llegar a sus manos unos ejemplares de los mismos para que Vdes. y yo, al hilo de sus versos, tratemos de extraer el néctar poético que destilan y saborearlo, simplemente por pura fruición literaria, cuando impresione gratamente nuestros sentidos.

Como habrán notado Vdes., mi alocución nace ya un tanto limitada en sí misma, por ser tres tan sólo las veces en que el lírico giennense se sintió poéticamente motivado por nuestra ciudad. Después de registrar este número —por lo demás, el número pitagórico del equilibrio—, cabe preguntarse si es que Jaén no despedía suficientes destellos de reverberación poética o es que Bernardo López era persona poco afectiva con su tierra. Ni lo uno ni lo otro; creemos, sencillamente, que se quedó en el justo medio, pues solamente la fantasía polifónica de «*La Catedral de Jaén*» vale por toda una epopeya. Lo contrario era exponerse a caer en la fácil tentación del patrioterismo o en la «póiesis» reiterativa del poeta provinciano.

No obstante, y como presupuesto condicionante para el análisis de los poemas en cuestión, considero conveniente, y hasta imprescindible, hacerles una nueva presentación de Bernardo López García, no ya por ponerlos en situación, sino por mostrarles ciertos aspectos biográficos que pueden, de algún modo, ayudar a la mejor comprensión de las relaciones personales entre el individuo y su entorno vital, con lo cual haríamos válido también el principio orteguiano de la interrelación del yo y su circunstancia, a fin de obtener un criterio escrupuloso y objetivo en los dominios de la cultura y, más concretamente, en el de la crítica literaria con las obligadas conexiones entre el autor y su obra.

Referirse a Bernardo López, comúnmente equivale a evocarlo, por antonomasia, como el Cantor del Dos de Mayo para olvido de la pléyade que puso su inspiración al servicio del canto patriótico. No era para menos: «*la Francesada*», como así gusta llamar Sánchez Albornoz a la invasión napoleónica, fue un impacto de tales dimensiones, que bien podría calificarse de suceso del siglo, ya que marcó trascendentalmente el acontecer histórico de España, a la vez que significó un revulsivo nacionalista por la independencia. Sus ecos literarios se pueden oír hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Pero, ¿quién se volvería a acordar ya de las patrióticas composiciones de Quintana, Nicasio Gallego, Dionisio Solís, Cristóbal de Breña, de Arriaza —poeta éste que llegó a componer nada menos que diez sobre dicho tema— e, incluso, del mismo Espronceda, tan popular, una vez que apareció la oda del giennense? Es evidente que éste, con sus décimas, produjo el eclipse total... de aquella constelación.

Mas Bernardo López no debe quedarse en Cantor del Dos de Mayo; es, además, un lírico grácil cuando él quiere: ahí quedaron «*Serenata*», «*Filosofía de un vicio*», «*Epístola*» o... «*¡La Catedral de Jaén!...*» Es, asimismo, un fino humorista que domina la parodia cuando se lo propone: ahí están los sonetos «*A un mal poeta romántico*»; «*A un plagiarío*», o esa que enseguida comentaremos y por la cual —sin ser el mejor espécimen de su literatura festiva— satiriza la fisonomía urbana del Jaén de aquel entonces. Es lástima que poeta de tamañas dotes no se haya entregado al cultivo de esas dos especies líricas en lugar de prodigar sin tasa las piezas declamatorias y gesticulantes. ¡Otro hubiera sido su lugar en el Parnaso español!

Conviene tener presente un proceso de capital importancia que, a modo de constante vital, maltrata una y otra vez, de manera implacable, la existencia del poeta; el hecho inexorable de la muerte comienza desde muy temprano a cobrarse víctimas entre sus familiares: «*el dolor despertó su genio en 1855*», declara Juan Antonio de Viedma, su prologuista y biógrafo, al referirse a la pérdida de la madre, acaecida cuando Bernardo López no había cumplido los 17 años. En efecto, fue entonces cuando escribió sus primeros versos, que constituyen —vuelve a decirnos Viedma— «*la manifestación de los más íntimos sentimientos de ternura filial*», pero cuya entidad nos ha sido velada desgraciadamente por los accidentes propios de la transmisión, aunque quizá —y es una conjetura nuestra— esta elegía fuera el embrión de la que conocemos con el título de «*Suspiros de una madre*», procedimiento de refección no extraño a Bernardo López según hemos podido descubrir en la oda «*Polonia*», publicada con el título de «*La última esclavitud*» en la revista literaria *La América* el 24 de febrero de 1861, para recuperar nuevamente, dos años más tarde, en el madrileño periódico *La Discusión*, su primitivo nombre, y que coincide también con el que figura en la primera edición de sus «*Poesías*», de 1867, hecha por el propio autor.

Esta operación de cambiar títulos, de suprimir versos, de trasvasarlos, de corregirse, de practicar, en suma, la atétesis de sus propias composiciones, alcanza sus últimas consecuencias en la titulada «*A Dios*», que constaba en un principio de 14 octavas reales y 8 cuartetos alejandrinos trocaicos de rimas cruzadas e impares en aguda; o sea, de un total de 144 versos, sólo recogió el autor 28, distribuidos en 7 cuartetos, que son los que configuran definitivamente la pieza, con desprecio evidente del resto, acaso por ser poesía de juventud (su fecha es de 1857) y, por consiguiente, poesía sin desbatar a juicio del propio poeta. El mismo procedimiento de refección pudo aplicar, pues, a la elegía por la muerte de su madre.

Y en esta desolación, cuajada de anhelos y ausencias, ese amor filial puro parece orientarse a la devoción mariana, pero no como mero tema literario, sino enraizada en la más profunda piedad filial que guió siempre el norte religioso de Bernardo López García. Y, como muestra de esa literatura mariana, se pueden contar hasta cinco títulos, representados por el «*Stabat Mater!*», «*Caridad*», «*María*», «*A la Virgen*» y «*María al pie de la cruz*», suficientes por sí mismos como proyección del fatal accidente materno en su producción «a lo divino».

En sucesivos años irán desapareciendo hasta tres de sus hermanos: Luis, al que todavía encontramos en 1857 colaborando —si no dirigiendo— el periódico local «*El Recreo de la Juventud*» (de vida efímera) con su hermano Bernardo y cuyos artículos de fondo, en especial los de tema jurídico, son obra suya. Otro hermano, Ramón, muere también muy joven y, como Luis, parecía orientado a la carrera de Leyes. Algo más tarde, ya en 1865, fallece el padre y, con una diferencia de ocho meses, María, la mayor de sus dos hermanas. En definitiva, de los seis hermanos, sólo alcanzaron la madurez dos, Fernando, que llegaría a ser médico, y la menor, Valentina, a la que Bernardo dedicó la primera edición de sus «*Poesías*», en 1867, según hemos dicho más arriba, pues el poeta, como Vdes. conocen, moriría tres años después sin haber podido cifrar los 32. Tan sólo dos sucesos venturosos en lo afectivo: su matrimonio con M.^a del Patrocinio Padilla y el nacimiento de su hija Aurora, que habría de casar con el periodista Eduardo Claver, fundador de los periódicos *El Chirri* y *El Portalillo*. La una asumiría la segunda edición, de 1880, mientras que el yerno dirigiría la tercera y última en 1908. Pero esta felicidad matrimonial duró únicamente tres años, del 65 al 68, en el que pierde a su esposa.

Como es previsible, al cierre de este capítulo necrológico de su vida el poeta cae en un profundo abatimiento y, lo que es peor, su situación económica, que ya debía de ser precaria en el último período de su matrimonio, se agudiza hasta la desesperación, según vamos a comprobar por unos documentos. El primero es una carta autógrafa dirigida a don Bernardo J. Jaén, bisabuelo que fue del anterior director de este Instituto de Estudios Giennenses, don José Antonio de Bonilla y Mir (según me informó él mismo en conversación privada, y accidental, cuando yo me dedicaba a la elaboración de mi tesis). Es la solicitud, sin más, de un préstamo monetario a un amigo, pero, al fin y a la postre, un préstamo, asunto siempre espinoso. Escuchen su contenido —vale la pena—, pero, sobre todo, el tono desgarrador con que está redactada, y juzguen ustedes mismos el esfuerzo

sobrehumano que tuvo que hacer su autor para dar un paso tan desagradable; parece como si fuera a jugarse su buen nombre o su dignidad de caballero:

«Sr. D. Bernardo J. Jaén.—Muy Sr. mío y de toda mi consideración.

»Suplico a V. anticipadamente me disculpe en gracia de las circunstancias por que atrabieso (*sic*), la exigencia que sin títulos hoy me permito. El no estar mi hermano en Jaén; el estado poco próspero en la actualidad de la casa de Torres, y la circunstancia de no poder disponer de mis bienes, por no estar en posesión de ellos, me ponen en el caso de molestarle, suplicándole me remita con el dador, mi cuñado, la cantidad de doscientos reales. Esta cantidad se la debolveré (*sic*) el próximo 22 de Mayo, día en que termina trimestre de mi casa sita en calle Maestra, n.º 10.

»Son tantas las desgracias desde la muerte de mi esposa; tantos los gastos que su enfermedad y su última desgracia me han acarreado, y tan aflictiva mi situación, que sólo esto, puede escuchar (*sic*), la falta que hoy cometo molestando a una persona de su respetabilidad.

»Paralizada completamente la venta de mi libro y con todos mis bienes retenidos en el registro de la propiedad, hay días como hoy en que cualquier cuenta o gasto, me pone en grandísimo apuro.

»Si por circunstancias que respeto no puede mandar la cantidad expresada, lo sentiré, pero sobre todo lo que deseo es que dispense este paso que fijamente le extrañará.

»Disponga Vd. de su afmo. amigo y S.S. Q.B.S.M.—Bernardo López García».

A la carta acompaña un recibo, fechado el 30 de abril de 1868, por la cantidad expresada de doscientos reales, al tiempo que ofrece como garantía la casa paterna de la calle Maestra. Claramente puede percibirse su deprimido estado de ánimo así como su decisión de desprenderse de los bienes patrimoniales, resolución que aparece más explícitamente refrendada por otra carta, sin fecha, y que debe de ser, cronológicamente, muy próxima a la anterior; por medio de ella intenta «colocarle» uno de sus libros a otro amigo:

«Sr. D. Tadeo Fernández Mota.—Mi muy querido amigo: me tomo la libertad de remitirle un ejemplar de mis poesías, abusando de tu afecto, que correspondo.

»Estoy realizando cuanto tengo para irme de ésta, y teniendo aún quinientos libros de la edición de mis versos, estoy mandándolos a los amigos, a ver si los vendo.

»El precio es de veinticuatro reales.

»Dispón de tu amigo que te suplica le dispenses.—Bernardo López García».

Decíamos que su quebranto material debía de haberse iniciado ya antes de estas fechas; en efecto, existe una comunicación de la Sociedad Económica de Amigos del País, por la que se hace pública la baja de una serie de socios por impago de cuota, entre los cuales se relaciona a nuestro poeta. El documento lleva la data de 25 de agosto de 1866.

Su vida, pues, transcurre entre Jaén y Madrid como plazas principales de residencia, excepción hecha de Granada, en cuyo Colegio Mayor de «San Bartolomé y Santiago» cursó parte del bachillerato, que había iniciado en el Instituto Provincial de Enseñanza Media, en el viejo noviciado de jesuitas de la calle Compañía. Pero, en fin, pasemos de largo este periodo poco importante, para encontrarlo ya matriculado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central en 1858, en el segundo año de carrera, aunque surge de modo inmediato el siguiente interrogante: ¿cómo es que no prosiguió sus estudios universitarios en la de Granada? Porque, sin lugar a dudas, Madrid le ofrecía el ambiente intelectual de que carecía Granada, al tiempo que le era posible simultanear la carrera de Derecho, que, por cierto, jamás llegaría a culminar al entregarse de lleno a colaboraciones poéticas en prestigiosos periódicos y revistas, así como a sus lecturas literarias en la Biblioteca Nacional.

En cuanto a lo primero, es decir, a sus publicaciones literarias, dos periódicos y una revista, ya aludidos, acogieron sus versos. En *La Discusión* aparecería su primera poesía «madrileña» en 1859, la oda «A Asia», y también (seis meses antes de su muerte) la titulada «El Trono», que, junto con el «*El istmo de Suez*» y «*A Méndez Núñez*», constituyen una tríada prácticamente desconocida para el público, puesto que no fueron incluidas en ninguna de las tres ediciones de sus «*Poesías*»; en la primera, de 1867, era cronológicamente imposible, pero en las otras dos, ambas póstumas, tampoco están recogidas, habiéndonos correspondido, pues, la suerte de su hallazgo y rescate. El diario *La Discusión* era el órgano de expresión del partido republicano y, entre sus más destacados articulistas, se contaron los que, sucesivamente, serían presidentes de la Primera República Española, esto es, don Estanislao Figueras, don Francisco Pi y Margall, don Nicolás Salmerón y don Emilio Castelar, y su secretario de redacción, don Manuel del Palacio, gran amigo del poeta giennense, al que le dedicaría una breve elegía con carácter póstumo. Pues bien, con ocasión de publicar Bernardo López su oda «*Polonia*» en uno de sus números, es saludado como «*nuestro*

correligionario y amigo», lo que constituye el primer dato objetivo del republicanismo del poeta. Más adelante, las diferencias de matiz ideológico, aun dentro del mismo republicanismo, entre Pi y Margall y Castelar determinarían la retirada de éste del citado periódico y la subsiguiente fundación, en 1864, de *La Democracia*, otro periódico republicano.

El segundo periódico madrileño que le ofreció su sección poética fue *El Eco del País*, del que llegó a ser redactor unos años, no muchos, pues el periódico no llegó a sobrepasar los cinco años de vida, del 62 al 66. Y, paradójicamente, es en el que hizo menor número de publicaciones; al menos, en nuestro examen, no encontramos más que el «¡*Stabat Mater!*», «*El canto del profeta*» y el célebre «*Dos de Mayo*», que coincide con la conmemoración de la efemérides de 1866. El director de este diario era don Eduardo Gasset y Artime, que adquiriría un gran renombre periodístico como fundador y director de *El Imparcial*, periódico entre los de más amplia popularidad y circulación en aquella época.

Fue *La América*, con todo, la que sucedió, cronológicamente a *La Discusión* y la receptora casi en exclusiva de sus colaboraciones poéticas. Recordemos nuevamente que su primera publicación en Madrid, «*Europa y Siria*», es de 1859 en *La Discusión*; pues bien, a partir del año siguiente, el 60, hasta el 68, aparecerán en *La América* hasta una docena de poemas espigados entre los muchos que previamente tenía elaborados y que pasarían a engrosar la primera edición de 1867. No hay entre ellos ningún nuevo título que añadir a los ya conocidos de sus «*Poesías*». A lo sumo, encontramos poemas con doble título, pero, en sustancia, los mismos, como es el caso del «¡*Stabat Mater!*» (en *El Eco del País*, de 1864), también llamado «*Dolorosa*» (en *La América*, de 1861), o el de «*La última esclavitud*», más conocido como «*Polonia*», aparecidos con la diferencia de dos años en *La América* (1861) y en *La Discusión* (1863), respectivamente, según apuntábamos poco ha. ¡Mal debieron de ir las cosas a Bernardo López como para recurrir a este subterfugio!

Fue con los buenos oficios del conde de las Almenas, condiscípulo del poeta en la Universidad madrileña y amigo del director de *La América*, don Eduardo Asquerino, como aquél fue introducido en la revista literaria más prestigiosa de entonces: «*Llegar a ella*» —relata el mismo conde— «*era adquirir patente de escritor público*»... Palabras que, a primera vista, pueden parecer sospechosas de amical pasión, si no fuera porque, efectivamente, entre sus ilustres colaboradores se encontraba el elenco más representativo de la intelectualidad de la época. Y, aun a riesgo de hacerme prolijo, no

quiero privarles de la audición de la nómina de los más famosos: Amador de los Ríos, Buenaventura Aribau, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Adolfo López de Ayala, Gustavo Adolfo Bécquer, Andrés Bello, Bretón de los Herreros, Ramón de Campoamor, Emilio Castelar, Cánovas del Castillo, Carolina Coronado, Agustín Durán, Patricio de la Escosura, Serafín Estébanez Calderón, Ferrer del Río, Fernández y González, García Gutiérrez, Pascual Gayangos, Hartzenbusch, Modesto Lafuente, el marqués de Molina, Manuel del Palacio, Pi y Margall, Ríos y Rosas, Ros de Olano, Ventura Ruiz Aguilera, José Salgas, Eulogio Florentino Sanz, Antonio de Trueba, Ventura de la Vega, Juan Valera y Juan Antonio de Viedma, su biógrafo. O sea, una tercera parte, aproximadamente, del total de la cabecera de la revista, espigada entre los nombres más notables y familiares para nosotros. No era necesario, pues, el testimonio del conde de las Almenas.

Los tres últimos años de su vida, del 68 (en que muere su esposa) al 70, Bernardo López orienta su vida pública hacia la política, factor que determinaría su alternancia residencial entre Madrid y nuestra ciudad, la cual tomó como base de operaciones para sus desplazamientos por Andalucía (Sevilla, Córdoba y Andújar, entre las principales ciudades) con ocasión de asambleas federales y convenciones del partido republicano, en nombre del cual se inscribió como candidato a diputado por Jaén para las Cortes Constituyentes de 1870.

A propósito de este episodio de su vida, la revista *Don Lope de Sosa* cuenta entre sus «tesoros» con el manifiesto político del poeta en una colaboración de Rafael Tuñón de Lara, que nos lo reproduce íntegramente en facsímil. El manifiesto no es —porque no puede serlo— un programa político, sino una proclama llena de buenas intenciones, pero suficiente para cumplir con la finalidad propagandística y «mural» que aconsejaba el momento político. Dice así:

«A los electores de la circunscripción de Jaén.—Ciudadanos: designado por los individuos del Comité provincial republicano, pertenecientes a esta circunscripción para ser Candidato del partido verdaderamente liberal en las próximas elecciones parciales que han de verificarse el día veinte del presente mes, faltaría al más santo de los deberes si no os dirigiese mi voz en la víspera del combate electoral.

»Conocidas son por todos mis ideas: en la prensa como en el Club (*sic*); en la plaza pública como en la tribuna popular, las habeis oído; ageno (*sic*) por carácter a ser mendigo de votos, os presento como programa todo el dogma de la *República democrática federal*, para que el que lo acepte dé su voto por la doctrina dejando aparte al hombre, que no es

otra cosa que la conciencia en que esta doctrina late, y el voto que ha de ayudarla a su triunfo positivo, uniéndose a los votos de la Montaña republicana.

»Sabeis lo que es la República y lo que es la Federación; sabeis que es la descentralización tanto del espíritu, como de la vida administrativa; habeis visto los esfuerzos infructuosos de una Revolución a medias cuyo único resultado ha sido derribar un trono, para soñar en levantarlo pidiendo vástagos de alcurnia a las familias de otros reyes; comprendéis que las revoluciones si no son radicales no son otra cosa que perturbaciones en el mecanismo moral y material de los pueblos; veis como antes el fantasma del rey sobre el trono; al verdugo sobre el cadalso; al hijo arrancado del hogar para morir en el estrépito de la guerra; el domicilio violado; la provincia sin vida propia; el municipio sin arbitrios; tras de un esfuerzo titánico del pueblo, en la lucha legal que es la que yo defendiendo y defenderé mientras tenga aliento, veis infructuoso relativamente el ejercicio del sufragio ante el actual caciquismo, más irritante que la arbitraria ley feudal de la edad media. Pues bien: mi bandera libre, enarbolada en el brazo de nuestros eminentes maestros, grita a los electores lo que *Castelar y Figueras*; lo que *García López y Pi y Margall*. CIUDADANOS: si el pueblo con su entusiasmo, grandeza de alma y virtudes no se redime, la libertad tendrá que pasar por el mundo como un vapor, como una sombra, y sollozando volverá al regazo de esa libertad sin contorno, que es el alma del mismo misterio moral, y la vida y palpitación del misterio físico.

»Con fuerza aunque sin elocuencia defenderé en primer lugar los derechos de todos los hombres de bien; en la República la virtud es el primer ciudadano, porque no hay cima más alta que la virtud; procuraré no encontrar jamás las heridas de mi patria, y tratar las cuestiones de educación y pan, que son las que en sus resoluciones prácticas pueden arrebatarse el cadalso de la ley, y la miseria del hogar del pobre; tranquilo y firme depondré ante vosotros la investidura de diputado, si mis fuerzas no son bastantes a ayudar al ideal que me propongo sustentar; y resignado, pero con dignidad, volveré a vuestro lado, si, incapaz de defender el derecho público, me faltasen ante el espectáculo imponente de la Asamblea, la palabra o la fe; elementos necesarios a todo representante de la Nación, en estos tiempos de verdadera prueba para la libertad.—Jaén, 12 de enero de 1870.—SALUD Y FRATERNIDAD. Siempre vuestro, Bernardo López García».

No se puede negar que es una auténtica pieza bernardiana, con abundantes concesiones a la retórica, pero, al mismo tiempo, no carente de realismo, sobre todo si nos detenemos a pensar que el manifiesto iba dirigido a la sociedad decimonónica, tan proclive al estilo grandilocuente y decla-

matorio. Pero volvamos a leer un párrafo que, a mi juicio, ofrece una resonancia histórico-política importantísima para el encuadre ideológico de Bernardo: «*Sabeis lo que es la República y lo que es la Federación; sabeis que es la descentralización tanto del espíritu, como de la vida administrativa*». Tenemos en esta primera declaración un planteamiento de las autonomías regionales, inspiradas, sin duda alguna, en la concepción federalista de Pi y Margall. Sigo leyendo: «*habeis visto los esfuerzos infructuosos de una Revolución a medias cuyo único resultado ha sido derribar un trono, para soñar en levantarlo pidiendo vástagos de alcurnia a las familias de otros reyes*». La alusión al derrocamiento de la monarquía en la persona de Isabel II con la famosa Revolución de septiembre de 1868 no puede ser más directa, aunque *Revolución a medias* para el republicano Bernardo López, «*cuyo único resultado ha sido derribar un trono, para soñar en levantarlo pidiendo vástagos de alcurnia a las familias de otros reyes*». No menos directa resulta esta segunda alusión a los cinco principescos candidatos propuestos por los distintos políticos influyentes del momento y entre los cuales se decantó el futuro rey Amadeo de Saboya gracias al decidido apoyo del general Prim.

No se imaginaba nuestro poeta que el nuevo rey sería proclamado por las Cortes el mismo día de su entierro, esto es, el 16 de noviembre de 1870. Era de suponer que su militancia republicana lo llevara a la lucha física por ese ideal como aconteció con su modelo Espronceda, presunción que se confirma con el comentario de Pedro Gómez Aparicio en su *H.ª del Periodismo español desde la Gaceta de Madrid (1961) hasta el destronamiento de Isabel II*, con respecto a nuestro poeta: «*...pertenecía a una generación de jóvenes liberales que gustaban tanto del incentivo aventurero de la conspiración como del riesgo de las barricadas, en las que se batió más de una vez*».

He dejado deliberadamente para el final de esta semblanza biográfica (con lo cual se ha roto, en parte, el esquema cronológico que veníamos siguiendo) un documento inédito de 1867, descubierto en el archivo de este palacio provincial y al que yo he dado en llamar «instancia honorífica», porque, en efecto, contiene un completo currículo de su vida desconocido hasta ahora y no tenida en cuenta —omisión muy extraña— por Juan Antonio de Viedma en la sección segunda de su prólogo, destinada a la biografía de su amigo Bernardo. Procedo, pues, a la lectura de este memorial autógrafa y autobiográfico, apelando, no obstante, a la magnánima receptividad de Vdes. o a su devoción por la cultura de esta tierra:

«Excma. Diputación Provincial. D. Bernardo López García, natural y vecino de Jaén; Comendador de n.º de la Real orden (*sic*) de Isabel la

Católica; Caballero de la Real y distinguida de Carlos 3.º y de la inclita y militar de Sn. Juan de Jerusalen; hijo adoptivo de la ciudad de Badajoz; socio de mérito del ateneo (*sic*) de Madrid y del Instituto Catalán, honorario de los Liceos y sociedades de bellas artes (*sic*) de Tolosa, Gerona, Córdoba y Valladolid, a V.E. con el debido respeto expone:

»Que habiendo leído la circular inserta en el boletín oficial n.º 92 y apreciado por ella o obgeto (*sic*) que la Diputación se propone, al comisionar a tres hijos de la provincia de Jaén para que estudien la próxima Exposición Unibersal (*sic*) utilizando y aplicando sus estudios en bien de nuestro país, el que suscribe aspirante a tan alta honra se atrebe (*sic*) a dirigir su solicitud á esa ilustre corporación (*sic*).

»Escasos son los méritos del interesado; sin embargo, su vida entera consagrada al estudio de las artes y las letras; el buen deseo que lo fortalece y anima, y la fuerza de voluntad hija de este buen deseo, son circunstancias que dan vida a la idea que guarda, de corresponder, si es honrado con su nombramiento, al noble fin que la Diputación se ha propuesto realizar.

»Pruebas generosas tiene el interesado del aplauso con que algunos círculos artísticos y literarios le han fortalecido en su penosa carrera; varios títulos honrosos, aunque inmerecidos, demuestran el noble celo con que nuestra sociedad estimula (*sic*) a la juventud; aun á aquella debil (*sic*) en méritos, y pobre, por esta circunstancia en esperanzas de porbenir (*sic*); entre las pruebas referidas, el esponente (*sic*) conserva un diploma del Ateneo de Madrid por el que se le nombra socio de mérito de tan alto cuerpo, á propuesta de los Sres. D. José Moreno Nieto, D. Eduardo Rule, y D. Segismundo Moret y Prendergast; también guarda entre sus títulos honoríficos, otro fechado el 19 de Febrero del año 1864, en el que, el Liceo de Badajoz previas las formulas (*sic*) usuales, le reconoce como hijo adoptivo de aquella ciudad; las academias literarias (*sic*) de Valladolid, Tolosa, Córdoba, y Gerona, le han admitido en su seno en calidad de socio de merito (*sic*); debiendose (*sic*) á tan cariñosa expresiones el pensamiento que el agraciado abriga, de trabajar sin descanso hasta corresponder noblemente a esos generosos estímulos, con que una gran generación fortifica y alienta las esperanzas de la juventud.

»La Diputación en su alto criterio comprenderá el móvil que anima al esponente (*sic*) a recordar sus injustificados honores, falto de ese prestigio que ilumina el verdadero merito (*sic*); sin valor para que su nombre constituya su mejor título, sé vé (*sic*) en la necesidad de manifestar los escasos timbres de su vida literaria:

»Por si tan ilustre corporación los juzga estimables, y se digna atender la presente solicitud, el que suscribe suplica a V.E.

»Se sirva admitirlo en el número de los individuos que comisionados por la provincia han de estudiar la próxima Exposición Unibersal (*sic*).

»Dios guarde a V.E. muchos años.—Jaén cuatro de marzo de mil ochocientos sesenta y siete.—Bernardo López García».

También aquí aflora el personalísimo estilo del poeta, aunque mezclado a la humildad y cortesía fingidas que caracterizan este tipo de documentos, sobre todo en épocas pretéritas. Por nuestra parte, hemos examinado los libros de actas en el archivo de esta Diputación de los años 66 al 70, incluso en un segundo intento, sin encontrar referencia alguna a este documento, por lo que nos quedamos sin saber de qué Exposición Universal se trata (seguramente la de París, que se celebró en ese año de 1867) ni si le concedieron su petición; muy probablemente no.

* * *

Es hora, pues, de pasar a la lectura que les tenía anunciada de esos tres poemas. Mis comentarios van a ser muy breves, dado que ellos hablan por sí mismos. Del primero, «*De cómo se puede estudiar Geografía Histórica por el piso y otros accidentes de Jaén*», sólo añadiré que está edificado sobre el detalle chusco y el ripio deliberado a fin de conseguir un efecto cómico más o menos hilarante, aunque ofrece, como compensación, el uso abundante de encabalgamientos, es decir, la disposición de sus frases y pensamientos a caballo entre dos versos, lo que confiere a la poesía un cierto ritmo interno y un mayor dinamismo compositivo.

Comienza con una efusión lírica que raya casi en lo cursi (toda ella preconcebida) para descender por contraste a la descripción callejera y topográfica del Jaén de antaño, que nos es presentado, con el recurso de una hipérbole tras otra, como una síntesis arqueológica o como un «museo» que contuviera, a un tiempo, todas las «Maravillas del Mundo»... Oigámoslo:

*Brillantísima turba de poetas,
los que buskais de la creación las galas
para escribir quartetas más buenas o más malas;
los que llamáis culebra al arroyuelo;
5 a la nube, cañón; al cañón, nube;
al cielo, mar; a la mujer, querube;
al querube, mujer; a la mar, cielo;*

- 10 *y nos decía que el sol ama a la luna
y que la luna al sol sigue la pista,
cuando no se conocen ni aun de vista.
Los que al sentir cantar los ruiseñores
pensais cándidamente
que cantan sus amores,*
- 15 *sin acoger la tremebunda idea
de que pueden hallarse de pelea;
los que decís con armoniosas galas
que todas las mujeres tienen alas
y que son por lo puras*
- 20 *ángeles forasteros
que viven cuartos cuartos o terceros
en lugar de vivir en las alturas;
los que con tono serio
nos contais que la aurora llora o ríe,*
- 25 *conforme está de humor; que el aura leve
tiene amor con las flores; que la rosa
se aflige cuando llueve,
y que la azul laguna,
que estaba en relaciones*
- 30 *con el arroyo manso y cristalino,
da quejas a los cielos
cuando el infiel galán, por darle celos,
se detiene en la presa del molino.
Los que cantais... venid... Hay aquí un mundo*
- 35 *de ardiente inspiración; la ciudad mía
es por hados fatales
un cuaderno especial de geografía,
con notas del autor y editoriales;
en sus calles hay golfos y colinas,*
- 40 *peñascos y torrentes,
cascadas y ruínas,
con otros accidentes
que forman por su hechura
un globo de admirable contextura.*
- 45 *Aquí, por privilegio
de que ejemplo no existe, en pleno día,
lucientes y a millones,*

*las estrellas se ven a tropezones;
aquí, porque Dios quiso,
50 las flores brotan en los riscos suaves
que pueblan a la par gozando el piso
cabras de buenos pies y águilas graves;
aquí las calles lóbregas y frías,
para bien de las gentes,
55 son, en lugar de calles, droguerías...
aquí... mas no prosigo, de mis huellas
marchad en pos, y contemplad serenos
el vasto panorama
que en pos de mis históricas querellas
60 os voy a demostrar sin más ni menos.
Una calle... miradla... allá a lo lejos
profundos precipicios; son las grutas
del gigantesco Cáucaso; a su planta
un lago... es el Mar Muerto; muy vecina
65 a las rocas aquellas
una roca se empina
haciendo tropezar a las estrellas...
Es el pico del Teide; en la pendiente
se dibujan detrás confusamente
70 hondos desfiladeros;
las Termópilas son; ¡ay del que pisa
sus peñones ingratos
que aunque vuelva a su casa con camisa,
de seguro no vuelve con zapatos...!
75 Allá lejos, al pie de una oscura loma
se ve un charco asqueroso, triste y feo:
allí estuvo Sodoma;
aquel picacho que al oriente asoma
debe ser el Montblanc o el Pirineo;
80 y aquellas aguas que por dos pendientes
bajan en las crecientes
hasta la cueva oscura
que con rejón de hierro se asegura,
son los brazos del Nilo
85 que de la lluvia en la estación impía
al mar se echa intranquilo,*

- besando la ciudad de Alejandría.
¿Conocéís el lugar así en conjunto?
La calle de Cerón; pues a otro asunto.*
- 90 *Otra calle... ¿Qué veís? Sombras y luto;
apenas en su seno se levanta
de la vida el rumor como tributo;
inmundo el suelo; las paredes brotan
líquidos horrorosos; aquí estuvo*
- 95 *Pentápolis feroz; Dios en su ira
con hirviente betún abrasó el seno
de las cinco ciudades; hoy se mira
el piso ingrato al ingrediente ajeno;
mas en cambio se ven, y muy recientes,*
- 100 *tan viles ingredientes,
que piden con sus lúgubres escorias
bandos, multas, columnas mingitorias,
órdenes de prisión y dependientes.
Allá a lo lejos vése una figura*
- 105 *en sucia y académica postura;
sin duda es un judío
que sin fogar ni grey
abusa de su estúpido albedrío
profanando la sombra de la ley.*
- 110 *¿Conocéís el lugar? Aunque os asombre
su nombre callará porque es impuro,
y a más de un callejón, Sucio de nombre.
Otra calle; en su centro las arenas
raudas se arremolinan; negras nubes*
- 115 *en alas de simún
se levantan insanas,
pretendiendo comerse las manzanas.
Reverbera la luz; las aves chillan;
sólo las aguas por su ausencia brillan.*
- 120 *Es el Sahara... huid... los vendavales
levantarán la arena,
y hasta las catedrales
al polvo impuro servirán de cena.
En vano pide el árabe afligido*
- 125 *desde el culto Yemen*

- agua a los cielos... nada...
las aguas no se ven... años pasados
por la arena abrasada
pasaban los nublados*
- 130 *por un jumento fúnebre arrastrados;
mas, ¡oh negro tormento...!
ya no más pasarán; el tiempo errante
mató a fuerza de siglos al jumento,
y la «nube tonel» quedó cesante.*
- 135 *¿Conocéis el lugar? Lo arrecifado
¡la Carrera, la Plaza y el Mercado...!
Allá lejos, por medio de azoteas,
de torres y de cúpulas bravías
negras nubes de humo*
- 140 *se elevan por las bóvedas vacías.
Allí vive Nerón; es panadero;
él su furor desploma
sobre todos los que hay en su camino,
y anhelando abrasar la nueva Roma,*
- 145 *empieza por la casa del vecino,
No hay compasión... mirad... el humo crece;
la nube se agiganta;
ya una casa perece,
y el nuevo Nerón canta,*
- 150 *y junto al pan ¡la humanidad se cuece...!
Más lejos... torreones...
casas apuntaladas...
lúgubres murallones...
ruinas abandonadas,*
- 155 *precipicios, escombros y peñones...
Allí están los fragmentos de Herculano
que el Vesubio aplastó, de Babilonia
del vicio criminal fruto liviano;
los escombros de Quito,*
- 160 *ciudad que sin conquista
derribó un terremoto socialista;
los arruinados muros
de la gran Jericó, que por inquieta,
domando mundos y parando soles,*

- 165 *arrasó Josué con la trompeta,
a fuerza de becuadros y bemoles:
las torres son de El Cairo; los pilares
de Eacsos y Baltech; los edificios,
que apenas se sostienen,*
- 170 *y cuando sopla el viento van y vienen,
son residuos de casas galileas
que viven tristemente,
apoyando sus negras chimeneas
en la pared de enfrente;*
- 175 *y los otros solares arruinados,
que al oriente se hacinan
dominando murallas y tejados,
son los restos de Rodas,
patria de aquel coloso*
- 180 *de instintos tan feroces
y de tan duros brazos,
que derribó su pueblo a puñetazos
una sieta fatal, ¡soñando a voces...!*
.....
- 185 *¡Oh recuerdo de historia y geografía
filosóficamente detallados
en el conjunto de la patria mía...!*
*¡Oh patria! Que en tu histórico recinto
tienes un laberinto
de cosas tan sin par y diferentes*
- 190 *que espantan a las gentes...
descansa en paz; y si mañana acaso
algún arrebatado municipio,
(por exceso de atraso)
osa arreglar tus plazas y tus calles,*
- 195 *o levantar del suelo un solo ripio,
dile con voz de bajo muy profundo
estas palabras que alzarán la historia...
«No profaneis mi gloria...
yo soy la estatua del antiguo mundo.»*

Del segundo, titulado «*Despedida*», me limitaré a un simple cotejo textual: se trata de un canto de nostalgia por el que Bernardo da rienda suelta a su añoranza de la patria chica en momentos en que debía de estar lejos de ella. Contiene, si se quiere, todo un cúmulo de exageraciones y tópicos (la superior fragancia de las flores, la luminosidad del cielo andaluz, las aguas cristalinas, el canto de los pájaros, etc.), pero que resultan ser los mismos tópicos en que incurrirá Gustavo Adolfo Bécquer en una composición paralela, la «*Oda a la señorita Lenona*»; y tan paralela... que Vdes. mismos lo podrán comprobar a partir de la confrontación de los pasajes que aquí se proponen de una y de otra. Así pues, ustedes decidirán, con la ayuda del subrayado, si se trata de plagio (pero, ¿de quién?) o de coincidencia fortuita..., si bien he de advertirles de que hubo ocasión para que se conocieran los dos poetas, al haber colaborado ambos en la revista literaria *La América*.

DESPEDIDA

Con el alma dolorida
 voy siguiendo mi camino,
 y hoy me arrebató el destino
 de la patria que es mi vida;
 5 como tierna despedida
 voy a dar forma y color
 a mi duelo asolador,
 porque en la vital faena
 el alma estalla de pena
 10 si no abre cauce al dolor.

Mañana en otros lugares
 mirando gentes extrañas
 veré soberbias montañas,
 que esconderán mis hogares;
 15 quizá los férvidos mares
 que oculten la patria mía;
 mas siempre mi fantasía
 recordará con anhelo
estas flores y este cielo
 20 *de mi dulce Andalucía,*

ODA A LA SEÑORITA LENONA EN SU PARTIDA

(vs.21-24)

...del seno de Sevilla
 no salgas, no; *su transparente cielo*
 y *sus pintadas flores*
 para ti guardarán luz y colores.
 (109-114)

Si benigna lo acoges, solamente
 te pido que si acaso algún día
recuerdes el luciente
cielo de la risueño Andalucía;
 si acuerdas los colores
 de su ribera y *sus fragantes flores.*

Que aquí son más los
 [rumores
de los lagos cristalinos
y son más dulces los trinos
 25 *que aquí rebosan las flores*
en los prados virginales;
 y confunden sus canales
aguas de fuentes y lomas,
 y van juntas las palomas
 30 con las águilas reales.

Aquí por celeste don
 de que no da el mundo
 [ejemplo,
 cada frente tiene un templo
 de arrogante inspiración;
 35 aquí viva exposición
 presenta el suelo fecundo;
 que Dios con amor profundo
 dándonos galas y genio,
 hizo a mi patria el proscenio
 40 de la belleza del mundo...

Aquí hay soberbias vestales
 que hunden el alma en cadenas
 por ser estatuas de Atenas
 fuera de sus pedestales;
 45 hay vírgenes ideales
 que con su hermosura fiel
 dejando atrás el pincel
 son, por su dulzura y brillo,
 realidades de Murillo,
 50 modelos de Rafael.

(61-72)

No allí *se escuchan* de las tiernas aves,
 al despuntar la sonrosada aurora,
los cánticos süaves,
 la dulce melodía
 con que saludan el fulgor del día.
Ni como el nuestro su extendido cielo
es de un azul tan puro y tan brillante;
las flores de su suelo
no tienen un aroma tan fragante,
ni corren tan sonoras
las cristalinas fuentes bullidoras.

Aquí también la nación
 tiene página brillante;
 aquí está Bailén, gigante
 dogal de Napoleón;
 España por su cañón 55
 gritó a los vencidos bravos:
 «corred por mundos y cabos
 a domar pueblos inmundos;
 que en el taller de mis mundos
 no se fabrican esclavos». 60

Arte, belleza, poesía,
 valor, virtudes, historia,
 ¡he aquí los timbres de gloria
 que tiene la patria mía!
 Al dejarla, pena impía 65
 quita aliento a mi razón;
 mas se temple la aflicción
 cuando el alma considera,
 que con fe, la patria entera
 se guarda en el corazón. 70

Y, finalmente, ¿qué les sugieren los últimos versos? Esos que dicen:

Arte, belleza, poesía,
valor, virtudes, historia:
¡he aquí los timbres de gloria
que tiene la patria mía!

¿No les trae a las mientes aquéllos de Manuel Machado?

*Vino, sentimiento, guitarra y poesía
hacen los cantares de la patria mía.
Quién dice cantares dice Andalucía.*

* * *

Me he resevado a propósito para el final el poema de «*La Catedral de Jaén*», en la creencia de que, mediante él, quiso Bernardo López rendir homenaje a su ciudad en lo más representativo de ella y porque, como he dejado dicho, constituye una «fantasía polifónica» digna de cerrar con sus notas esta velada, para mí de imborrable memoria.

He acotado adrede los distintos pasajes con su numeración estíquica en los que me voy a detener con mis glosas, a fin de que Vdes. puedan realizar con más comodidad el seguimiento de mi lectura.

Así pues, el poema está concebido para debatirse en dos planos contrapuestos: la abstracción, con sus personajes la Duda, el Arte y la Fe, por este orden, y la concreción, representada por la descripción propiamente dicha de la erección del templo. Parece el boceto de una loa o de un auto sacramental que el autor hubiera dejado inacabado. Pero no, la obra es perfecta, en el sentido de que es obra hecha, terminada, y hay que incluirla en el género alegórico calderoniano, del que ya Bernardo López dejó como muestra «*El arte y el siglo*», loa apenas conocida, precisamente compuesta «*para conmemorar el natalicio de D. Pedro Calderón de la Barca*».

Vs. 1-20

*Sobre un monte a cuyo pie
duerme una ciudad sombría,
juntos se vieron un día
la Duda, el Arte y la Fe.*

5 *La Duda lívida, impura,
tal cual los ámbitos puebla,
llevaba un manto de niebla
por única vestidura.*

10 *El Arte, un rayo de luz
sobre su cetro esplendente;
la Fe, su antorcha en la frente
y entre las manos la Cruz.*

- «¿Quién sois?» —*La Duda* gritó
ronca mostrando sus celos;
15 —«Somos luces de los cielos»
—*el Arte* le contestó:
—«¿Y tú?» —«*La estrella que lanza*
rayos de dolor profundo».
—«¿Quién es tu enemigo?» —«*El mundo*».
20 —«¿Qué te falta?» —«*La esperanza*».

Desde el inicio se percibe la intención del poeta por lanzarnos «in medias res» con la rápida irrupción en escena de los tres personajes abstractos, cada uno con sus atributos y símbolos, que configuran su presentación por medio de la dramatización dialógica del más puro estilo calderoniano y todos sus recursos: la interrogación retórica y la hipófora o sujeción de los versos 19 y 20, es decir, a la formulación de una pregunta, corresponde una inmediata respuesta, como en los célebres versos de «*La vida es sueño*»:

¿*Qué es la vida? Un frenesí*
¿*Qué es la vida? Una ilusión*

Observemos desde otra perspectiva cómo el poeta se vale del recurso dramático de las *antilabái*, que se inicia en el teatro griego, para extenderse posteriormente a los demás, y que consiste en la composición de un verso con los parlamentos de dos personajes cuando el escritor pretende conseguir un estilo cortante y vivo.

(21-48)

- «¿Y adónde vosotras dos
vais en tal dulce corrida?»
—«*Hacia esa vega florida*
a elevar un templo a Dios.
25 *Desde ese plácido edén*
que forman bosques oscuros,
por enmedio de esos muros
en que se asienta Jaén,
ha tiempo que alzan sus manos,
30 *codiciando nuestras flores,*
caballeros y pastores,
sacerdotes y aldeanos.
Sobre esa fronda bravia
que es de galanura ejemplo,
35 *quieren elevar un templo*
para la Virgen María.

- En él cantarán las penas
de esa Madre de las flores;
en él con manos de amores*
- 40 *pondrán lirios y azucenas;
en él cuando la oración
resuene el himno sonoro,
—«¡Padre —gritarán a coro—,
mádanos tu bendición!».*
- 45 *Y en él sus almas sencillas
verán cantando su nombre,
que nunca es más grande el hombre,
que cuando está de rodillas.*

Y prosigue el diálogo entre la Duda y la Fe, pero ya más relajado, con pregunta y respuesta más amplias, o sea, el fragmento comprendido entre los versos 21 a 48, en los que cabe destacar el paralelismo y, al mismo tiempo, el quiasmo que diseñan los versos 31 y 32: tanto en uno como en otro, los términos —que aquí son cuatro— se toman de a dos, pero relacionados de distinta forma. En el paralelismo, ya se dispongan éstos en el orden en que aparecen —«*caballeros y pastores, / sacerdotes y aldeanos*»—, esto es, de izquierda a derecha, ya se emparejen de arriba a abajo —«*caballeros*» con «*sacerdotes*», «*pastores*» con «*aldeanos*»—, la correspondencia obtenida es simétrica; en el primer caso, la simetría horizontal, pero, al mismo tiempo, descendente, puesto que los términos se ordenan de superior a inferior; en cambio, en el segundo es de tipo vertical y homogéneo, por el cual los elementos guardan entre sí una relación de clase. Pero los elementos se corresponden entre sí en disposición quiástica o cruzada, de modo que entre los términos polares «*caballeros*» y «*aldeanos*», por un lado, y «*sacerdotes*» y «*pastores*», de otro, se puede establecer una relación diagonal, connotadora asimismo de contraposición social entre cuatro estamentos —los más representativos— del pueblo de Jaén que, en su totalidad, se dispone a elevar un templo para la Virgen María.

Las tres redondillas siguientes aparecen encadenadas anafóricamente por la expresión «*en él*»: la primera, a modo de pincelada colorista floral; la 2.^a y la 3.^a aportan el marco acústico del himno coral expresado en forma de dialogismo, al tiempo que se exalta con una paradoja la cristiana actitud del «*homo humilis*».

(49-80)

- «¿Qué harán en el templo?» —«Amar».
- 50 —«¿Y después de amar?» —«Creer».

—«¿Cuál será su premio?» —«Ver».

—«¿Y su tributo?» —«Rezar».

—«¡Basta...!» —gritó con dolor
la Duda triste y doliente;

55 —«todo sueña, todo miente;
no hay ventura, no hay amor.

Yo, entre la niebla escondida
del gran pensamiento humano,
busco siempre, y busco en vano
60 las esencias de la vida.

Siempre de un sueño detrás,
agitándome doquier,
ha siglos que busco el Ser
¡y no lo encuentro jamás...!

65 En ese inmenso oceano
que del espíritu brota,
dicen que su luz remota
profundiza todo arcano;
y de mi delirio en pos,
70 aunque en vértigo me agito,
no hallo ese mundo infinito
que tiene por nombre... ¡Dios...!

Colón que acaso delira
se alza en criterio infecundo;
75 quiere llegar a ese mundo,
y ese mundo se retira.

Por eso mi voz le asombra;
porque es mi tiniebla tanta,
que hasta la noche se espanta

80 cuando penetro en su sombra».

De nuevo se vuelve al rápido juego de preguntas y respuestas que comunican al poema mayor aceleración, bruscamente quebrada por ese epifonemático «¡Basta!» de la Duda, que, a la deriva e impotente, se abandona al escepticismo más aporético, jalonado por un conjunto de términos, como «niebla», «sueño», «oceano», «arcano», «vértigo», «tiniebla» y «sombra», que componen un patético lienzo del más puro tenebrismo literario.

(81-104)

—«A Dios buscas... ¡ay de ti...!

—dijo llorando la Fe;

- «Dios se siente, y no se ve;
ven, lo sentirás en mí.
- 85 *No ve a Dios quien loco intenta
sorprenderlo en sus arcanos;
quien en delirios tiranos
la fe y la razón afrenta;
no el que con ansia mezquina*
- 90 *blasfema en horrendo grito,
y quiere de lo infinito
romper la santa cortina...*
 *Ve a Dios el hombre que en calma
lleva un amor misterioso;*
- 95 *el que mira con reposo
la Jerusalén del alma.*
 *El que se levanta fuerte
sobre la materia impura;
el que con planta segura*
- 100 *pisa el trono de la muerte;
el que siente la verdad;
el que a la virtud da flores;
el que lleva en sus dolores
la luz de la eternidad.*
-

Mas hay que salir de tamaño escepticismo, y es lo que hace la Fe con el parlamento que le toca pronunciar. Su tesis queda condensada en el verso 83, que tiene más de definición teológica que de actitud estética y en la que cabe subrayar el fuerte valor adversativo de la conjunción *y*, por su virtud, es posible al poeta corregir con un segundo verbo la acción iniciada por el primero: «Dios se siente, *pero* no se ve», con lo cual queda cerrado el axioma. Y de la definición al ejemplo; de la premisa universal, a las particulares, distribuidas entre dos claras antinomias, la primera de las cuales (vs. 85 a 92) enumera diversas actitudes netamente negativas en la relación hombres-Dios, que nos recuerdan la «*hybris*» helénica o fatua arrogancia humana ante la Divinidad o la rebelión y caída del ángel bíblico. Por el contrario, la segunda (vs. 93 a 104) exhibe distintos matices de un mismo talante religioso o, mejor, místico y ascético: «*el hombre que..., el que..., el que...*» y así, anafóricamente, se singularizan los ejemplos.

En el texto original sigue una puntuación interlineal en medio del discurso de la Fe, que nosotros hemos respetado por interpretar que el autor

se proponía marcar un silencio y abrir una pausa que deslindara las dos partes: la primera, dirigida al hombre; la segunda, a Dios, si bien con un retorno al primer destinatario; de aquí el tono paerenético con que la Fe remata su parlamento (vs. 105 a 120 y 121 a 124):

- 105 *Cuando ruge el oceano
y el trueno su sien corona,
rasgando la blanca lona
del pobre batel lejano,
si hay un pecho noble y fuerte*
110 *que pone en Dios confianza,
Dios está en esa esperanza
que se resiste a la muerte.
Está en el dolor que implora
junto al cadáver querido;*
115 *está en el santo gemido
del que reza cuando llora.
Vive en la dulce inquietud
del que aspira a otra existencia;
tiene templo en la conciencia,
120 tiene altar en la virtud.
Por eso no alces en pos
de la soberbia tus alas;
que en la sombra no hay escalas
para llegar hasta Dios».*

.....

(125-168)

- 125 *Calló la Fe; arrebatada
alzó el Arte su cabeza:
—«Contempla bien mi grandeza»
—dijo a la Duda espantada.
—«Buscando al Supremo Ser,
130 la humanidad me llamó;
el Santo Amor me engendró,
coronándome el saber.
La belleza fue mi ley;
el mundo acató mi imperio;
135 en uno y otro hemisferio
grabé mi cetro de rey.*

- Forjé estatuas colosales;*
sacudí montes y breñas;
a Dios cantaron las peñas
 140 *con acentos inmortales.*
De amor el lazo fecundo
hizo al orbe mi proscenio,
y al santo soplo del genio
llené de belleza el mundo:
 145 *Aquí el altar; en la roca*
la tumba de luz ceñida;
bajo la montaña erguida
cuya cumbre al cielo toca,
el claustro triste y severo
 150 *por donde Brahma mezquino*
abre el amor un camino
colosal y duradero.
Lejos el dolmen sagrado;
allá el pórtico valiente;
 155 *la pirámide potente*
que mira el tiempo asombrado
sobre la margen que agita
del Nilo el embate rudo;
más lejos, cual templo mudo,
 160 *la roca del troglodita.*
Dondequiera un creación
canta mi ley soberana,
la eterna corriente humana
lleva en hombros mi blasón,
 165 *porque Dios, al darme asiento*
en la vida y en la historia,
me dio un rayo de su gloria
y un suspiro de su aliento»

El discurso del Arte, en otro personaje, es, en comparación con el anterior, bastante más breve, aunque no por ello menos grandioso: la apetencia por el Ser Supremo que tiene la humanidad debe nutrirse con la creación de la belleza. Y aquí —platónicamente— el poeta se eleva hasta el reino de las Ideas, para descender por el camino de la concreción al mundo del arte humano (vs. 137-164), que no es más que un pálido trasunto del Arte como

Idea, a su vez emanación pura del Creador, como confirman los cuatro últimos versos:

*«Porque Dios, al darme asiento
en la vida y en la historia,
me dio un rayo de su gloria
y un suspiro de su aliento».*

(168-176)

170 *Calló el Arte; triste y muda,
vacilante y conmovida,
confesándose vencida
se hundió llorando la Duda.
Y cuando solos quedaron
la Fe y el Arte divino,
175 para cumplir su destino
sobre el monte se abrazaron.*

Y, tras el monólogo del Arte, termina el estilo directo y los personajes se retiran: la Duda, confusa, mientras que el Arte y la Fe sellan su triunfo con el abrazo final.

(177-220)

En el pasaje subsiguiente, Bernardo, lejos ya de la alegoría, «pone manos a la obra», y nunca mejor dicho..., una obra que exige un creador que sea a la vez arquitecto y poeta, capaz de combinar la filigrana arquitectónica con el arabesco lírico, en medio de la explosión hímica de cánticos de estatuas y acordes de órgano que transportan a un mundo irreal, etéreo y sublime...

*Entonces del genio al grito,
como fantasma evocado,
sobre el terreno trazado
180 se alza el pilar de granito.
La cumbre dobla su alteza;
sacude el hacha el obrero;
el genio fuerte y severo
llama a la naturaleza.
185 En gran concierto sonoro
los artistas inmortales
celebran los esponsales
de la roca con el oro,*

- 190 *Crece el muro colosal;
 la nave se alza y alienta;
 fuerte la columna asienta
 su mole en el pedestal,
 y al beso de los cinceles
 que ornan el santo recinto*
 195 *brotan flores de Corinto
 de los altos capiteles.
 Sobre base soberana
 el arco vibra y cimbreo:
 piedra a piedra va la idea*
 200 *recibiendo forma humana.
 Y el artista alzando el vuelo
 fija la fe en su estandarte,
 con flores que coge el arte,
 teje coronas al cielo.*
 205 *Detalles grandes y leves
 forman concierto sonoro;
 ya brotan formando coro
 flores, frisos y relieves;
 ya en las columnas más puras*
 210 *los nobles arcos se aferran;
 ya las bóvedas se cierran
 sobre las naves seguras;
 con metro divino cantan
 cien estatuas a porfía;*
 215 *titanes de la armonía
 los órganos se levantan,
 y el genio del arte en pos
 da a la cúpula su brillo,
 dejándola como anillo*
 220 *de aquella esposa de Dios.*

Y, llegados a este punto, deben ser los versos de Bernardo los que, con su sonoridad cadenciosa, sirvan de cláusula a esta plática:

(221-236)

*Los años pasando van,
 y el templo su mole ostenta;
 lo que por Dios se sustenta
 los años no lo hundirán.*

- 225 *Corren y corren edades*
junto a la iglesia grandiosa;
por su cúpula ostentosa
resbalan las tempestades,
 y eterna y firme levanta
230 *su continente sereno;*
ni la hace temblar el trueno
ni la muerte la quebranta.
 Y es porque la alta piedad
los frutos del bien aprueba;
235 *y lo que por Dios se eleva*
tiene luz de eternidad.